

BEATA MARÍA CRESCENCIA PÉREZ

El cuerpo de Cristo necesita valientes como María y operadores de la Palabra como Marta. Si la fe no va seguida de las obras, está muerta.

María Crescencia nos enseña a reforzar la fe en Dios, a vivirla, testimoniarla y a no avergonzarnos del Evangelio.

La fe es sal de la tierra, un bien precioso que hay que conservar y compartir, vivido con una vida santa, de oración y servicio a los pobres y enfermos.

“MARÍA CRESCENCIA ES SU NOMBRE, SU HISTORIA FLECHA HACIA DIOS, QUE TRENZA EN VUELO TAN BREVE, OFRENDA Y CONTEMPLACIÓN. MARÍA CRESCENCIA ES SU NOMBRE, SU FUEGO DULCE FULGOR, QUE ALUMBRA PERO NO QUEMA, HUMILDE FULGOR DE AMOR”. (Himno)

Edición de contenidos: Andrea Artal

Ilustración: Gabriel Cannizzo

Diseño: Angel Rivero



**“SENCILLA Y ESCONDIDA,
VIOLETA DEL SEÑOR”**

1897-2022
EN LOS 125 AÑOS DE SU NACIMIENTO



1. NACIMIENTO DE MARÍA CRESCENCIA

2022: AÑO DE MARÍA CRESCENCIA

Este año, 2022, se celebra el 125º aniversario del natalicio de María Crescencia Pérez y el 10º de su beatificación.

Esto nos anima a festejar juntos y celebrar las virtudes de nuestra Beata, Hija de María Santísima del Huerto, esperanzados en su pronta canonización.

Recemos con fervor, esta petición a nuestro Padre:

ORACIÓN PIDIENDO LA CANONIZACIÓN DE LA BEATA MARÍA CRESCENCIA PEREZ

“Padre de Jesús y nuestro que por tu Divino Espíritu haces florecer la santidad en la Iglesia, te damos gracias por la Beata María Crescencia que te amó con sencillez, y te rogamos que la glorifiques, para que su ejemplo e intercesión sirvan a la extensión de tu Reino y a la multiplicación de las vocaciones a la vida consagrada. Concédenos, por su intermedio, la gracia que, con humildad, te imploramos. Por Jesucristo Nuestro Señor, Amén”.

(Formular la petición)

“CORAZÓN DE JESÚS, POR LOS SUFRIMIENTOS DE TU DIVINO CORAZÓN, TEN MISERICORDIA DE NOSOTROS”



La Beata María Crescencia Pérez, nació en San Martín, Buenos Aires, el 17 de agosto de 1.897. Sus padres la bautizaron con el nombre de María Angélica.

Era la quinta de los once hijos de Agustín Pérez y Ema Rodríguez; ambos inmigrantes españoles.



2. SU TIERNA INFANCIA

Ayudaba a la mamá en la organización y tareas de la casa. Cuando volvía del colegio, trataba de ayudar a todos. Desde pequeña tenía una personalidad privilegiada.



Asistió a la escuela del Huerto de Pergamino, Buenos Aires. Terminada la escuela primaria María Angélica permaneció para aprender costura y bordado y conseguir el diploma de maestra de labores.

Ella ayudaba en la atención de las chicas internas, en la higiene, el cuidado de ellas, la enseñanza del catecismo y de las oraciones. La dulzura, la bondad y comprensión (cuando aún era alumna del Hogar) lograron que todas se portaran correctamente. Era sacristana y arreglaba la capilla del Instituto. Su piedad fue profunda y su vida de oración. Recibió la primera comunión y en septiembre de 1910 fue confirmada. Muy obediente, siempre dispuesta a ayudar a todos.

3. EL LLAMADO A LA VIDA RELIGIOSA

En los últimos años de su escuela primaria, nació en ella la vocación por la vida religiosa. Quería servir a todos; santificarse por amor a Dios. La familia fue lo que más le costó dejar. En ella conoció el amor de Dios desde sus primeros años de vida. Alejarse de su familia, donde se sentía tan querida, fue el primer gran gesto con el Señor.



A los 18 años, ingresó en la vida religiosa, comenzando el postulante y luego el noviciado. Aportaba alegría, buena disposición, generosidad: también piedad religiosa y hábitos de orden, obediencia y sacrificio, practicados en el hogar. La ceremonia de vestición se celebró el 21 de septiembre de 1916. Allí cambió su nombre, según costumbre de la época, por el de María Crescencia, en honor del santo mártir Crescencio, cuyas reliquias fueron colocadas en el Altar Mayor.

La ceremonia de vestición se celebró el 21 de septiembre de 1916. Allí cambió su nombre, según costumbre de la época, por el de María Crescencia, en honor del santo mártir Crescencio, cuyas reliquias fueron colocadas en el Altar Mayor.

4. SUS PRIMEROS VOTOS

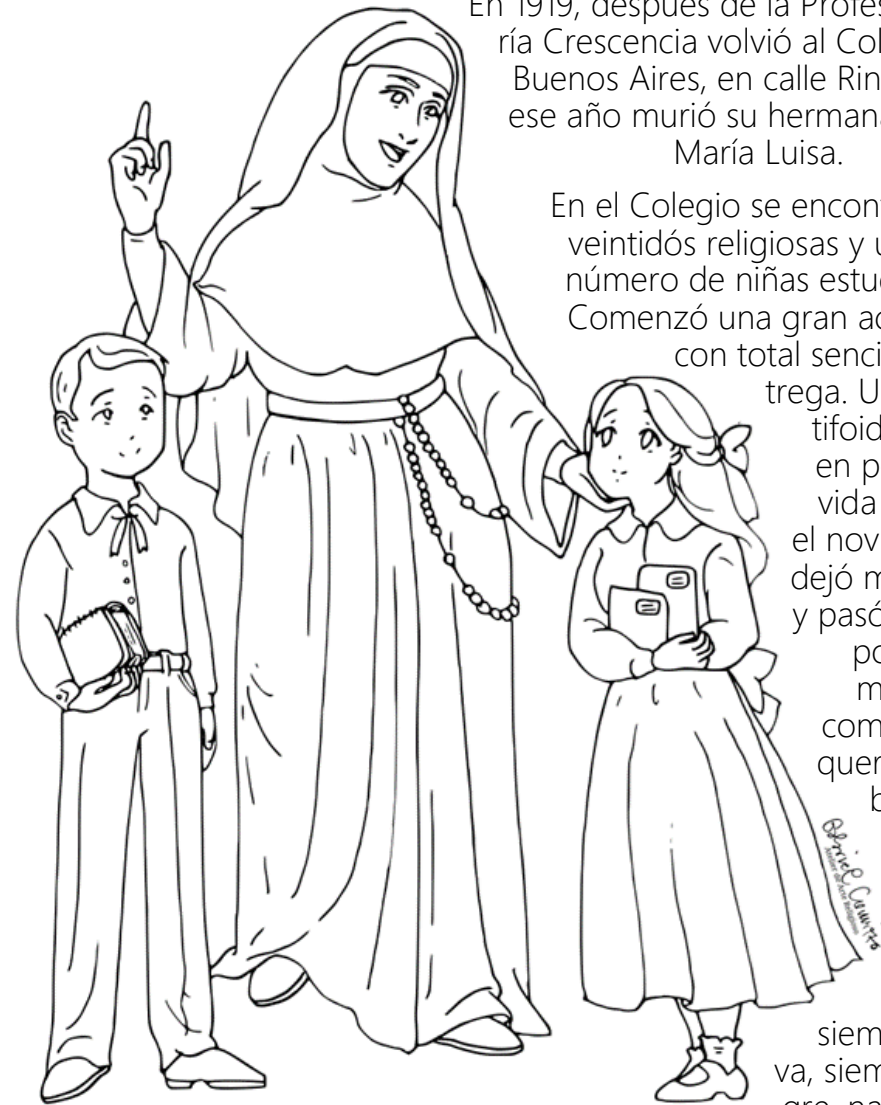


Cuando tomó sus primeros votos el 7 de septiembre de 1.919 su padre, Agustín Pérez falleció. A pesar de esta noticia, se entregó a Dios con una obediencia filial y profunda. Recorrió un proceso interior de obediencia. Todo por el sí que supo darle a Dios.

5. MARÍA CRESCENCIA EN EL COLEGIO DE BUENOS AIRES

En 1919, después de la Profesión, María Crescencia volvió al Colegio de Buenos Aires, en calle Rincón. En ese año murió su hermana menor María Luisa.

En el Colegio se encontró con veintidós religiosas y un gran número de niñas estudiantes. Comenzó una gran actividad con total sencillez y entrega. Una fiebre tifoidea puso en peligro su vida durante el noviciado. La dejó muy débil y pasó días sin poder alimentarse como lo requería el trabajo que hacía.



Al verla siempre activa, siempre alegre, nadie sospechaba el esfuerzo, que más de una vez debía hacer, para sobrellevar y disimular fatigas y achaques de su pobre salud.

En 1924, fue trasladada a la ciudad de Mar del Plata.

6. COMO ENFERMERA EN MAR DEL PLATA



En el Sanatorio marítimo de Mar del Plata, comienza María Crescencia su última etapa de Vida Religiosa en Argentina. Vivió con incansable dedicación este nuevo tiempo de Gloria y Cruz, entregando a Dios todo lo que tenía para bien de los niños. Fue solícita enfermera de aquellos niños, desplegando su caridad y celo. Se las ingeniaba para aliviarles el dolor físico y al mismo tiempo, infundir en sus almas el amor a Dios. Ella se hizo cargo de dos salas, con la responsabilidad de atender entre setenta y ochenta niños. Asumió su función con entusiasmo y el impulso de quien se halla en la tarea preferida; se notaba que lo hacía con alegría.

El clima de Mar del Plata no fue favorable para su salud. Las superiores creyeron necesario trasladarla. En Pergamino, se despidió de su madre y hermanos. La destinaron al hospital de Vallenar, en el norte de Chile. Este cambio le costó mucho.

7. SU ENFERMEDAD EN CHILE



Su estadía en Chile fue dolorosa, por la separación de su familia y de su patria. Obedeció sin reclamos, sólo para servir, con la sencillez de los siervos y la esperanza de los santos.

Chile había sufrido la epidemia de la viruela; los mineros vivían en condiciones inhumanas. A este lugar llegó Crescencia en 1928, después de un viaje agotador en tren de madera, angosto, pequeño; que demoraba treinta horas de Santiago a Vallenar.

8. SUS DÍAS EN VALLENAR

Gracias a los testimonios de Delfina Ortiz Morales, que conoció a Crescencia desde su llegada a Vallenar podemos imaginar a la Beata trabajando en la farmacia del hospital; arreglando la Capilla con las flores que tanto le gustaban; dirigiendo el coro; cantando; ocupándose de la cocina; de la ropa; de enseñar el catecismo haciéndolo todo con amor y paciencia.



Asumió su en-

fermedad con profunda fe. Su ánimo no decayó y en todo momento prevaleció su entrega silenciosa y en paz. Confiaba en Dios y en la Virgen. Presentía que la llamaban a vivir para siempre en el Cielo. Este pensamiento le permitió superar grandes dificultades. El dolor la unía cada vez más a Dios.

9. LA PROMESA DE UN SIGNO

En Vallenar no la podían tener, porque su enfermedad de tuberculosis era contagiosa. En Limache no la recibieron y volvió a Vallenar. De allí fue a Freirina, donde estuvo un tiempo antes de morir.

Allí soportó las molestias de la enfermedad con admirable paciencia y serenidad, con fortaleza de ánimo y estabilidad. Transmitía paz y alegría. Rezaba mucho; la oración era su única compañía. En este hospital estuvo tres meses y volvió a Vallenar. En las últimas semanas de vida, estando en Vallenar de despidió de la comunidad religiosa y del pueblo.



Su muerte en Vallenar, el 20 de mayo de 1932, no fue algo nuevo para ella: fue un paso para la vida. Recibió la unción de los enfermos con santa paz y tranquilidad que conmovió a todos.

Antes de su muerte tuvo una visión del Padre Fundador San Antonio María Gianelli quien estaba a su lado rezando por ella; de la Virgen del Huerto-que se movía en actitud de bendecirla con su Niño Jesús que se desprendía hacia sus brazos- y del Sagrado Corazón de Jesús quien le hizo sentir su divina presencia y le enseñó esta oración: "Corazón de Jesús, por los sufrimientos de tu Divino Corazón, ten misericordia de nosotros..." a quien le pidió una bendición especial para el Instituto y para el pueblo de Chile. Murió sonriendo, dejando a todos, Sacerdote, Superiora y Hermanas profundamente conmovidos por una muerte tan santa.

10. LA BEATA MARÍA CRESCENCIA PÉREZ



En el año 1982 sus restos mortales fueron trasladados a Pergamino.

El ejercicio heroico de sus virtudes fue proclamado por Beato Juan Pablo II, el 22 de junio de 2004, y el 19 de diciembre de 2011, el Papa Benedicto XVI promulgó el decreto de reconocimiento de un milagro obtenido por su intercesión.

El milagro que hacía falta para la beatificación de María Crescencia se manifestó en María Sara Pane, quien sufría de diabetes infantil y en 1995, con 23 años, se le declaró una hepatitis. Los médicos que la asistían le dieron tres días de vida.

La única cura era un trasplante de hígado. En esas instancias fue trasladada del hospital Aeronáutico al Italiano. Allí, una hermana del Huerto le había llevado una estampita de María Crescencia, a quien la enferma le habló como "a una madre" y le pidió por su salud y por su pequeño hijo, de acuerdo con su relato. Después de haber recibido la extremaunción, María Sara se

recuperó. La curación de su hígado fue tal que uno de los médicos que iba a realizar el trasplante le dijo que era "la primera vez que veía que la ciencia y el milagro se juntaban". La vicepostuladora Hermana Josefina Noghedu, acompañó la solicitud de beatificación, con la lectura de la vida y obra de la hasta entonces venerable. La beatificación de la hermana María Crescencia Pérez, realizada el 17 de noviembre de 2012, en Pergamino, fue un regalo para la Iglesia en el inicio del Año de la Fe y fue una gracia singular para la Iglesia en Argentina y para las religiosas de la Congregación Hijas de María Santísima del Huerto.

“Por la intercesión de María Crescencia concede Padre que también nosotros podamos servir a nuestros hermanos con la dulzura de la caridad y la fuerza de la bondad. La Iglesia entera se enorgullece de esta hija predilecta, una gran benefactora de la humanidad”.

(Oración de la Misa de Beatificación)



